

71
82
87

ARIZONA

Y

VALLE

CLINICA

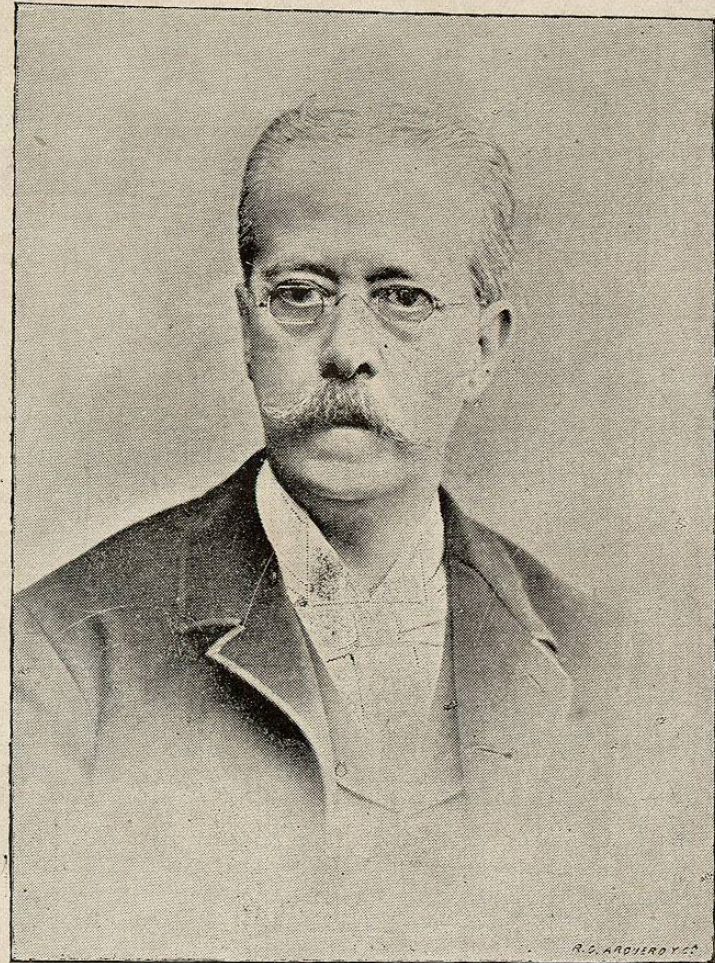
MEDICA

RC71

.A2

C37

RC 71
A2
C3A



Si alguna parte de labor, aunque pequeña, me corresponde en la Colección y publicación de las "LECCIONES DE CLINICA" del eminente y sabio Profesor Dr. D. Manuel Carmona y Valle, me es grato dedicarlo á mi respetable amigo, el Sr.

Secretario de Estado, Lic. D. Joaquín Baranda

á cuyos esfuerzos debe la Instrucción pública, los progresos y adelantos que alcanza hoy día; á mi generoso protector

Sr. Sr. Evaristo Peniche López

y á mi buen hermano el Sr. Lic.

RODOLFO S. PEREZ PENICHE

padre de mi educación y de mis sentimientos.

Teodosio S. Pérez Peniche.

PREFACIO

Grande y positiva utilidad encontrarán, jóvenes que se dedican al estudio de la medicina, y médicos ya ejerciendo la carrera, en las «*Lecciones de Clínica médica*» del Profesor Dr. D. MANUEL CARMONA Y VALLE, cuya publicación emprendemos llenos de fe y entusiasmo. En ellas seguramente tendrán, magnífica enseñanza y novedad, porque el Dr. Carmona y Valle, no tan sólo posee la ciencia médica, con ventaja, sino también contribuye con sus descubrimientos é ideas á esclarecer hechos ya previstos ó enteramente desconocidos, y á formular conclusiones de alto interés, para la práctica del difícil arte, que con fruto cultiva.

La justa reputación de que goza nuestro decano galeno, en toda la República, y su nombre conocido en Europa, constituyen la mejor recomendación que pudiéramos hacer de este libro: pero no la ha menester, que garantía, y bastante, tiene con el solo nombre de su autor, honra del suelo mexicano.

Y aunque con lo dicho, quedaríamos eximidos de este prólogo, hacemos esta salvedad, y nos permitimos entrar siquiera en breves consideraciones, á propósito de la Medicina Nacional, que surgen naturalmente, al lanzar á la luz un libro de la categoría é importancia de este.

Ésa importancia, no es sólo la intrínseca bien grande de la obra, de la cual juzgarán aquellos que con

buen criterio quieran hacerlo y tengan la competencia suficiente; nó. Para nosotros, tiene otra significación todavía mayor; *es un libro científico mexicano*. Con esto quedaría todo dicho. Añadamos sin embargo algunas palabras.

Aventurado no sería, el aseverar que los libros son los que acreditan el estado de adelanto moral de los pueblos; queremos hablar de aquellos que escriben los hombres de ciencias. Para marcar la altura de civilización intelectual, el mejor termómetro *es el libro*, que pasando de una á otra Nación, lleva la voz heráldica de la fama, para pregonar ante la faz del mundo, el progreso real del pueblo que le dió vida.

No os afaneis vosotros, pregoneros publicistas, en asegurar que hemos progresado; porque no faltará, quizá, quien os demande comprobación; y ¿podríamos sostener y demostrar la realidad del adelanto? ¿en qué consiste?

¡Qué mayor satisfacción para nosotros; si pudiéramos decir que sí. . . . ! Pero no tan sólo nosotros, que lo dijera el mundo entero!

Mas he aquí una frase bastante restrictiva: ¿existe la Escuela Médica Mexicana? Queda así circunscrita la cuestión, cuya respuesta creemos será negativa.

Pues bien, si la *escuela* no existe, no es seguramente porque falten hombres de profundos conocimientos científicos; los hay y muy respetables. Ahí nos lo dice la Opinión pública, cuyo eco inapelable ha querido con voluntad soberana, erigir tronos de la más pura democracia, cetros del saber, renombres inmortales á quienes lo han merecido por sus triunfos; para nosotros hay la lógica irrefutable de los hechos.

Pero no basta á la aspiración nacional saber que en su seno alientan hombres prominentes; saber que existe un Lavista, un Liceaga, un Carmona y Valle, y otros; que han existido los de veneranda memoria, Lucio, O'Horán, Escobedo, Montes de Oca, Patrón, Ortega, Rodríguez, etc.

Preciso es que á la faz del universo aparezcan esos hombres con el timbre legítimo de sus glorias, con sus conquistas arrancadas á los arcanos de la ciencia á fuer-

za de estudios perseverantes, que tengan esos renombres su justificación indestructibles, en libros imperecederos, que á la vez que sirvan de noble estímulo á la posteridad, sean el pedestal sólido sobre el que ha de levantarse la gloria patria futura.

Para este penoso principio, llamemos al sentimiento nacional, para impulsar cuanto signifique un paso hácia el progreso, sea físico ó moral: caro es el pináculo de la grandeza, pero tenemos á nuestro alcance como medio poderoso la constancia que todo lo vence y la voluntad que la rige.

Razón sobrada tenía nuestro maestro Dr. D. Juan María Rodríguez, cuya tumba hemos visto cerrar con dolor, cuando decía que México no es conocido en Europa, como entidad científica. Pero de ello tenemos la culpa. Se encuentra tan desarrollado en nuestro modo de ser el *espíritu de extranjerismo*, que apenas si queremos ocuparnos de aquello que los nuestros dicen y opinan: aceptamos todo lo *importado de ultramar*, sea cual fuere su color y satisfacemos nuestra aspiración con poseer y leer innúmeros volúmenes europeos. Lejos de nosotros la idea de que éstos sean desechados, porque los hay de valor inapreciable, y porque Europa ha sido nuestra madre intelectual.

Pero, ¡desconsoladora verdad! para ella no existe México científico ni literario: ¿por qué? porque no hemos querido hacérselo saber.

Despojémonos del sentimiento egoísta que nos anima, de ese cierto desdén con que miramos lo propio, y no olvidemos lo que el proloquio dice: *la caridad bien entendida debe comenzar en casa*. Contribuyamos al engrandecimiento de aquellos hombres, compatriotas nuestros, que con su saber, su estudio y su labor, traen su contingente al edificio que dará esplendor á México; ya que ellos por sus múltiples atenciones no pueden, recojamos sus ideas, descubrimientos y principios, y lancémoslas á los cuatro vientos de la publicidad.

Cuando lleguemos á cumplir con este deber de patriotismo, habremos puesto los cimientos de la grandeza patria, y entonces, México, tierra de heróicos y

grandiosos sacrificios, dignos de homéricas estrofas, ocupará lugar distinguido en el catálogo de las Naciones científicas, que en los modernos tiempos se erigen en escuelas.

Estos son nuestros más vehementes deseos; si médicos en particular, estudiantes y adeptos á la ciencia hipocrática, en general, nos imparten valiosa protección, ánimo sobrado tendremos, para emprender nuevos trabajos, rogando, como hoy hemos hecho con el Dr. D. Manuel Carmona y Valle, á los Profesores de nombradía como los Dres. Lavista, Liceaga, Ruíz, Sosa, Domínguez, etc., nos permitan recoger sus lecciones y observaciones, para consignarlas en un libro, medio el único capaz de llevarnos al ideal susodicho, la más legítima de las aspiraciones que pueden germinar en todo corazón que aliente en nuestra amada patria, cuna de Hidalgo y Juárez!

México, Julio de 1894.

T. S. PÉREZ PENICHE.

PRIMERA LECCION.

(Mayo 28 de 1894)

Cirrosis hipertróficas con ictericia

Señores,

El enfermo de la cama 21, que hemos estudiado en estos últimos días, es un ejemplar que demuestra á Uds. la insuficiencia de los libros de texto, para hacer el diagnóstico de todas las enfermedades que puedan presentarse, sobre todo, cuando se trata de las hepáticas. Porque siendo éstas relativamente raras en Europa, los autores se preocupan poco de ellas, y no las coleccionan en los libros didácticos. Trabajos existen, pero esparcidos en tesis, ó monografías que no siempre es fácil consultar.

El enfermo que nos ocupa, presenta un cuadro de síntomas tal, que á primera vista, ha podido creerse en la existencia de un absceso hepático: en efecto, nuestro paciente hará un mes, se sintió atacado de algo que creyó ser intermitentes: calosfríos, calenturas y sudores, que según él, no duraban todo el día. Seis ó siete